

POESÍA DE LA EXISTENCIA

Albert Torés

Rafael Ávila

Luz de mediodía

Editorial Corona del Sur, Málaga, 2021.



Este nuevo poemario es una suerte de díptico del amor que contiene una primera parte titulada “La esquina de la felicidad” (que fue además el título de un blog del poeta que contó con numerosas entradas) con 20 poemas en prosa, y, una segunda parte “Encuentro” con 20 poemas.

Luz de mediodía representa desde luego el momento de mayor luminosidad, más intensidad y máxima emoción. Hay resonancias de aquella aspiración a la luz de Aleixandre que

descubre en dos lados de una misma moneda: una disposición estrófica que define un rasgo relevante del poeta combinando el versículo largo, ver prosa y series de heptasílabos y endecasílabos con un simbólico juego de rimas asonantes. Esa yuxtaposición de prosa y verso en un evidenciar de la paradoja genera a la vez un discurso más verdadero, íntimo y genuino. Pero frente a una voluntad cosmológica se sitúa una lucha entre sombra y luz, confianza y duda y, si me permiten el oxímoron, el “seguro azar” que recorre este poemario. Con toda la belleza imaginable y rigurosa precisión nos lo expresa el poeta: “*Acaso la felicidad sea tener uno de estos encuentros que el azar nos brinda cuando nos es propicio y se pone, tercamente, de nuestro lado*”.

Siendo cierto que Pedro Salinas es uno de sus poetas de referencia como así lo confirma la elección de un título de poemario *Seguro Azar* (1929), no se da un paralelismo estructural. Ni siquiera en esa posible confluencia del conceptismo interior del que nos habló el eminente hispanista Leo Spitzer, pues Salinas emprendería una negación de la realidad empírica, inclusive la negación de la amada que precisamente Ávila toma como fórmula de búsqueda y modo de marcar tiempos y esperanzas, aunque tanto Salinas como Ávila exteriorizan esa concepción en muchas ocasiones a través de la paradoja.

¿Podría yo enfadarme/ con la fuente en que brota/ todo aquello que digo?, leemos en el poema “Inventario”.

Rafael Ávila en la proyección de un trastorno de los sentidos que nos aconsejaba el padre de la poesía moderna, Rimbaud, va deslizándose disyuntivas (el rumbo o la mirada), antítesis (la tristeza y el recuerdo como defensa), dilemas (los oráculos y sueños), en suma, una aventura poética que se propone casi a modo dialógico el amor, la vida bañada “para siempre en luz de mediodía”. Consideraciones que se verán reforzadas por el magistral uso pronominal, el léxico tan pulcro como sobrio, tan sugerente como emotivo y campos semánticos (esperanzas, jardines, goces, mundo heleno, etc) que hacen converger la experiencia poética a la existencia. Un inventario poético del mundo y del amor donde por ejemplo el símbolo del agua tan recurrente expande su significado espiritual, toda vez que es el signo sensible de la vida, la universalidad del ser. Aguas y mares, luces y tiempos, vientos y sueños conforman el estado de la palabra poética arraigada en la duda. No en vano, la primera parte del poemario se inicia con una categórica constatación “*Y casi siempre es así*”, luego le siguen 9 composiciones empezando siempre con “*Acaso la felicidad sea...*”, de nueva una afirmación absoluta “*Llega un tiempo en el que lo que más infelicidad nos causa es no reconocer nada ni a nadie*” y de nuevo otras 9 composiciones que empiezan con “*Puede que la felicidad sea...*”. No parece por tanto que haya hueco para impulsos inconscientes ni disposiciones arbitrarias sino más bien una imagen que a través de la anáfora registrará la esencia del discurso, es decir, el amor compartido como fuente de deleite y felicidad, ofrecerá un ritmo de lectura y una musicalidad relevante donde la amada, idealizada a menudo desde perspectivas estéticas helenísticas, presenta dimensiones extraordinarias casi mediadoras de la eternidad o al menos del renacer “*nadie se cansa de oír el agua que mana de la fuente, si su voz es suave, queda, casi un susurro que no conmueve o estalla en una risa pero siempre nos hace sentir que renacemos*”.

Por tanto, el amor será la genuina forma de la felicidad. Una felicidad que tiene como

alianza la mirada, rescatada en *Luz de mediodía* como itinerario personal pero también colectivo, aunando la conciencia del enamoramiento y el sufrimiento de la pérdida, aunque en las exigencias de la creación poética, el amor da sentido al ser, “*Puede que la felicidad sea cambiar la mirada: de un vivir de espaldas al mundo y a todos a un vivir de frente*”.

Rafael Ávila aparece como poeta del humanismo solidario, no sólo como miembro fundador sino también como activo de sus principios. Son varias las antologías que apuntan en esa dirección. Con mayor precisión el crítico Francisco Morales Lomas consideraba con acierto que la lírica de Rafael Ávila se distinguía por lo conceptualmente “soul”, entendiéndose en su musicalidad, alma, sentimiento, vitalidad y melancolía, “una melancolía machadiana posmoderna que a mi modo de ver culmina en una Poesía de la Existencia atenta a todos los sentidos incluso a aquello que nos escapa. Un poemario que viene a completar una trayectoria poética con títulos tan significativos y necesarios como *Siluetas del azar*, *Dardos en la pared*, *Con terquedad de astro* (Premio Ciudad de Ronda), *Jardín y laberinto*, *Memoria de la herida*, *Jardín y laberinto*, *La trama de los días*, este último finalista del Premio de la Crítica Andaluza en la pasada edición.